

DRA. CELIA ORTIZ ARIGOS DE MONTOYA

(1895 - 1985)

En 1973, en el volumen IX del *Anuario de Historia del Pensamiento Argentino* (Edición de la Facultad de Filosofía y Letras, Mendoza), trazamos los lineamientos biográficos, asentamos el elenco de sus escritos filosóficos y pedagógicos y bosquejamos la semblanza intelectual de la Dra. Celia Ortiz Arigós de Montoya. Aquellas páginas, además de su concentrado interés informativo, guardaban la significación de un homenaje a quien había cumplido hasta entonces, y continuaba haciéndolo, tareas de altísimo nivel en la Facultad de Ciencias de la Educación, el Instituto Superior del Profesorado y en la prestigiosa y antigua Escuela Normal de Paraná.

El pensamiento y la acción educativa de la ilustre pedagoga, beneficiaba de modo personal y directo esos centros de estudios de ciencias de la educación; con sus viajes, conferencias y cursos de su especialidad otras casas de altos estudios de las provincias del Litoral y el Nordeste y a través de los profesores formados a su lado, actuaba, transformadoramente, en Mendoza, Tucumán, San Luis y aún en Buenos Aires, donde una de sus discípulas, la profesora Luz Vieyra, dirigió el Consejo Nacional de Educación en la década de 1960.

Juicios críticos positivos sobre sus libros y trabajos habían expresado en revistas especializadas del país y el exterior, distinguidos investigadores en el campo de las ciencias de la educación, entre los que recordamos a Ferrière, Caló, Campobassi, Mantovani, Cirigliano, Bosch y otros.

Con posterioridad, al cumplir sus 88 años de vida, se le tributó importante homenaje en Paraná. En su edición del 22 de no-

viembre de 1983, "El Diario" comentaba la justicia de esa celebración. Place rescatar unos renglones de la publicación aludida:

"El 27 de noviembre de 1895 nació en Paraná la doctora Celia Ortiz de Montoya. La destacada educadora cumple el domingo próximo 88 años. Su fecunda labor no ha finalizado. Hoy es común verla inclinada sobre su mesa de trabajo, con el mismo entusiasmo con que el 30 de octubre fue a emitir su voto en la Escuela del Centenario".

* * *

"Oriunda de Paraná, cursó sus primeros estudios con maestras particulares y egresó de la Escuela Normal en 1915. En la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, recibió los títulos de profesora de Pedagogía y Filosofía en 1918. En 1921 se doctoró en Ciencias de la Educación. Viajó a Europa, recogió la experiencia de sistemas educativos, que seguramente influenciaron en su tesis "Necesidad de reforma de la Educación Nacional" (1930).

* * *

"La acción docente de Celia Ortiz de Montoya se extendió desde 1922 hasta 1971, con inicio en la Facultad de Ciencias Económicas y Educativas de Paraná y en la Universidad Nacional del Litoral. Por concursos de oposición, en distintos años, obtuvo las cátedras de Historia de la Educación, Didáctica General, Práctica de la Enseñanza e Introducción a los Estudios Filosóficos, Filosofía General y Pedagogía General".

* * *

"En el Instituto del Profesorado, con motivo de su despedida, pronunció una clase magistral que debería estar permanentemente presente en docentes y alumnos. El reconocimiento a su labor tuvo forma de numerosas distinciones. Por ejemplo, la Orquídea de Homenaje a la Mujer Latinoamericana. Profesora Emérita de la U. N. L. Diploma de ilustre Parlamentaria del Congreso Internacional de las Naciones

y trofeo simbólico, pergamino y bronce simbólico de la Comisión de Amigos del Ateneo "Lis E. Etchevehere".

* * *

"En 1978 fue iniciadora del nucleamiento de las Universitarias de Paraná para formar la Federación Argentina de Mujeres Universitarias (FAMU), parte de la Federación Internacional de Mujeres Universitarias".

* * *

"Sin embargo, el ejemplo de la doctora Celia Ortiz de Montoya es aún más amplio. Porque desde la cátedra y en cada acto de su vida fue la coherente Maestra que por sobre todo es guía en lo ético, como una actitud de vida. De allí que se pueda repetir la síntesis formulada por una de sus discípulas: «tengo que aprender de Celia; ella no se deja vencer»".

Hasta aquí las palabras de reconocimiento en la celebración de los 88 altos años de la ilustre catedrática.

En días coincidentes, dos años después, el 27 de noviembre de 1985, su ciudad natal daba nuevo testimonio de afecto y de admiración a su obra. Con el nombre de "Maestra de maestros" adhería a los 90 años del nacimiento de la educadora, "El Diario" de Paraná. Extraemos sólo algunos trazos de esa ajustada semblanza intelectual, aún a riesgo de empobrecerla:

"Por muchos años la doctora Montoya, de pie en su celebrada cátedra, encuentra en el idealismo de la libertad, como pedagogía y como didáctica, las garantías filosófico-pedagógicas para crear o recrear la personalidad humana, consagrando así, con el andar de los días el accionar del maestro, la victoria del hombre sobre la crisis espiritual de nuestro tiempo. Ese ha sido el mérito insigne de sus lecciones y el meollo de su pensamiento pedagógico.

La vida entera de la doctora Montoya, hasta hace poco cuando se vio obligada a guardar un respetado retiro por motivos de salud, ha estado consagrada a la escuela pública

de los argentinos, imbuida de aquel santo fervor normalista de Paraná y renovada constantemente por sus estudios incansables, por sus investigaciones en el campo de la pedagogía inspirada por un ideal de nuevo renacentista y por una firme conducta cívica, como un personaje redivivo del Dante de la *Vita Nova*".

Más adelante leemos estos juicios y valoraciones tan firmes que únicamente cabe transcribirlos:

"Y entonces la doctora Montoya, para realizar la síntesis armoniosa de su vida y de la vida de quienes formaba, abrazó, con el espíritu de aquella escuela de sus comienzos, los métodos didácticos de una pedagogía efebocéntrica que la pone al servicio de la personalidad en desarrollo, de la libertad, vitalista, activa. No la ciencia abstrusa del «Magister dixit», sino la ciencia minúscula, personal, humilde y fresca del educando, para personizarlo, para hacerlo emerger sobre la masa. Era el idealismo pedagógico objetivo con didácticas creadoras y recreadoras.

"Comprendió la doctora Celia Ortiz de Montoya que todo eso debía ser logrado en una escuela rodeada del interés público, con un plan coherente y una tarea docente siempre dignificada. Por eso se convirtió en adalid para el logro de una ley orgánica de educación común, que abarque enteramente la educación pública argentina, separándola de los vaivenes políticos y las crisis financieras y con un fondo permanente y recursos propios".

La distinguida pedagoga, si bien esperaba en sus días extremos, desde su lecho de enferma, esa escuela argentina por ella avalorada, como por tantos otros maestros de la Pedagogía Argentina, esas didácticas al servicio de la personalidad, esa vida creadora como meta de la acción educativa, no alcanzó a ver la ley orgánica de la educación argentina. Así transcurrían los días últimos de su vida, siempre en actitud vigilante de los rumbos de la educación en el país. En un día significativo, por motivos trascendentes, como el 8 de diciembre de 1985, terminaba la trayectoria vital de la doctora Celia Ortiz Arigós de Montoya.

Algún tiempo antes, la historiadora Beatriz Bosch, con motivo del retiro de la cátedra de la benemérita educadora, había escrito esta sólida valoración:

“Nacida en un hogar opulento, pudo inclinarse por apé-
tencias frívolas o materiales. Ella optó, empero, por el man-
dato del espíritu. Escuchó tempranamente el llamado ins-
pirador, arriesgó en seguirlo con fervor y valentía, sobrepo-
niéndose a arraigados prejuicios sociales”.

A los que frecuentamos lecciones y desvelos de la doctora Ortiz de Montoya en las antiguas aulas de Paraná, entre mapas, his-
torias y deslumbramientos, y la reencontramos después una y otra
vez en Congresos, Jornadas, Simposios y conferencias, con su ca-
beza sumergida ya entre las cenizas del tiempo, desde donde aún
continuaba floreciendo su inteligencia vivaz, su palabra concisa
y su sonrisa oportuna, las huellas de su personalidad parecen en-
cerrar el mensaje de unas reflexiones de Goethe:

“Llamamos con justicia maestros a aquellos de quienes
aprendemos siempre. No todo aquel de quien aprendemos algo
merece ese nombre”. *Máximas y Reflexiones*. 129.

Diego F. Pró